

La Puta Costumbre de Estar a Medias

Carta Privada - Bobby Escribe

Edición limitada

El otro día iba por la calle y vi a una madre mayor con su hija.

Iban despacio. La madre caminaba con dificultad, y la hija le sujetaba el brazo con una ternura que no se ve mucho ya.

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de lo que pasaba.

Estaban viviendo sus últimos días juntas.

Y había en ellas algo que me descolocó.

Una especie de alegría silenciosa, contenida, como si supieran que se estaba acabando, pero no quisieran perder ni un segundo.

Era la felicidad más triste que he visto nunca.

Y, sin embargo, allí estaban, viviendo el momento con una intensidad que casi daba pudor mirar.

Como si cada paso, cada respiración, fuera un regalo.

Me quedé mirando hasta que doblaron la esquina.

Y me emocioné.

Pero también me jodió.

Porque pensé:

joder, ¿de verdad tenemos que llegar a esto para estar presentes?

¿De verdad necesitamos ver el final para mirar de verdad a quien queremos?

Y lo peor es que me di cuenta de que yo también lo hago.

Que muchas veces estoy con alguien y, sin saber por qué, mi cabeza se va.

A veces incluso mientras alguien me mira a los ojos, noto cómo mi mente se fuga.

Como si algo dentro de mí tuviera miedo de sostener esa mirada demasiado tiempo.

Y eso, sin querer, es una forma de abandono.

No visible, no cruel, pero abandono al fin y al cabo.

Porque cuando alguien está contigo y tú no estás del todo, lo siente.

Y poco a poco, eso deja huella.

Estamos tan acostumbrados a vivir en mil cosas a la vez que nos cuesta sostener una sola.

Queremos estar en el trabajo y con la familia.

En la conversación y en el móvil.

En el presente y en el futuro.

Y al final no estamos en ningún sitio.

Nos hemos vuelto especialistas en estar a medias.

A medias en las cenas, a medias en las llamadas, a medias en los abrazos.

Y lo peor es que nos parece normal.

Pero la presencia –de verdad, la presencia real– es un acto de amor.

Y como todo amor, exige renuncia.

Renunciar al “luego”.

Renunciar al control.

Renunciar a la necesidad de ir corriendo a todas partes.

Porque estar presente no es una habilidad: es una decisión.

Una que se entrena.

Nadie se vuelve consciente por inspiración divina.

Se entrena como se entrena un músculo.

Y si no lo trabajas, se atrofia.

Es así de simple.

Yo lo noto en mí.

Cuando llevo días sin frenar, me vuelvo incapaz de estar.

Estoy con alguien y, por dentro, mi cabeza zumba.

Una idea, una tarea, un recuerdo.

Y cuando me doy cuenta, ya no estoy allí.

Entonces intento volver.

Y cuesta.

Es como si tuviera que echar un ancla para no irme flotando hacia ninguna parte.

Pero cuando lo consigo, cuando realmente me quedo, todo cambia.

Las conversaciones se vuelven más profundas.

Los gestos más cálidos.

El tiempo se ensancha.

Y siento que vuelvo a habitar mi vida.

Por eso te digo: la presencia no es una palabra bonita.

Es una forma de amar.

De mirar a alguien como si fuera lo único que existe.

De darle tu atención entera, aunque solo sea por un minuto.

Porque eso —estar, de verdad— vale más que cualquier “te quiero” dicho con prisa.

Y no hace falta que alguien se esté muriendo para hacerlo.

Solo hace falta recordar que tú también te estás yendo, un día cada día.

Ojalá no haga falta otro adiós para entenderlo.

Así que hoy, si puedes, echa un ancla.

Cuando estés con alguien que te importe, quédate.

De verdad.

Mira, escucha, respira.

Haz de ese instante tu mundo.

Porque, al final, eso es lo único que tenemos:

los momentos en los que realmente estuvimos.

-Bobby-

Gracias por leer con calma

© Bobby Escribe. Todos los derechos reservados.
Esta carta es una obra protegida por derechos de autor.
Su difusión o reproducción, total o parcial, no está permitida sin autorización del autor.